

Lecturas

DIGNOS DE SER HUMANOS

Rutger Bregman

Anagrama, Madrid, 2021

528 págs.

Rutger Bregman es un autor que sueña con ambiciosas transformaciones sociales. En su anterior obra publicada en castellano defendía la renta básica universal, jornadas laborales de quince horas semanales y un mundo sin fronteras. En este último libro anticipa, desde el primer capítulo, una idea radical, una idea «que, a lo largo de la historia, ha inquietado a gobernantes y han rechazado ideologías y religiones. Una idea que ignoran sistemáticamente los medios de comunicación y se ha borrado de los anales de la historia» (p. 21). Una idea que «podría desencadenar una revolución y conducir a una forma completamente distinta de organizar la sociedad» (p. 21). La idea no es otra que la convicción de que la mayoría de las personas son buenas.

El autor afirma que «hay pocas ideas que tengan una influencia tan decisiva en el mundo como nuestra imagen del ser humano. Lo que damos por supuesto en los demás es lo que acabamos encontrando en ellos» (p. 30) y, sin negar que existe un lado malo en cada persona, afirma en base a evidencia científica que «sería más realista tener una imagen positiva del ser humano (...) convencido de que esa imagen positiva sería más realista aún si creemos de verdad en ella» (p. 30). En esas dos ideas radica buena parte del valor del libro.

Más aún si compartimos su muy sugerente afirmación de que «defender la bondad del ser humano es enfrentarse a los poderosos del mundo, porque, para ellos, una imagen esperanzadora del hombre es una amenaza, algo subversivo y sedicioso. Aceptar esa idea implicaría que no somos seres egoístas que han de ser controlados, regulados y domesticados desde arriba» (p. 41).

Bregman señala que uno de los sesgos más presente en los humanos es su mayor sensibilidad hacia lo negativo frente a lo positivo, «sesgo de negatividad» que se ve reforzado en nuestros días por las estrategias de empresas como Facebook, Twitter y Google que «saben qué tipo de noticias nos impresionan más, porque tienen datos muy precisos de todo lo que vemos en nuestras pantallas, y saben cómo retener los anuncios más lucrativos para las cuentas de sus empresas» (p. 36).

Avanzado el libro, a partir de un caso real, el autor tratará de desmontar las funestas ideas sobre la condición humana que sirvieron de arranque al argumento de la novela *El señor de las moscas*. Cuestionará el rigor de conocidos experimentos psicológicos y de influyentes obras, clásicas y recientes, sobre la violencia en la historia humana. Desmontará incluso las ideas generalizadas sobre la muerte de Catherine Susan Genovese, extrayendo el aprendizaje de que «una imagen retorcida del ser humano» (p. 229) es aprovechada muchas veces por los medios de comunicación con fines sensacionalistas, a costa de la verdad.

No se eluden tampoco las inevitables referencias a Hobbes y Rousseau: «Hasta el día de hoy, Hobbes y Rousseau son los padres primigenios de conservadores y progresistas, realistas e idealistas. Cuando un idealista aboga por mayor libertad e igualdad, Rousseau escucha en actitud aprobadora. Y cuando un cínico protesta y arguye que esos impulsos solo pueden avivar la llama de la violencia, Hobbes asiente satisfecho» (p. 71).

El libro hace un recorrido por la evolución humana, así como la influencia de los procesos civilizatorios. Destaca que la aversión humana respecto a la violencia lleva a evitar emplearla incluso en situaciones límites y relaciona esa aversión con el trauma persistente sufrido por personas que la han ejercido. Atribuye a la solidaridad entre personas de un mismo grupo un peso decisivo en el uso de violencia y recuerda, como sesgo que determina la amplitud de círculos de empatía, que los seres humanos somos animales sociales que «nos sentimos atraídos por aquellos que más se parecen a nosotros» (p. 101). De igual manera, presenta ejemplos de empresas y centros educativos basados en la confianza en las personas, en el acompañamiento y no en el control. Se defienden los presupuestos participativos como herramienta de inclusión y la importancia de los bienes comunes, puestos en valor por la politóloga Elinor Ostrom en su revolucionaria obra *El gobierno de los bienes comunes*.

A partir de ahí, Bergman defiende una radical transformación del sistema penal señalando que, frente al encarcelamiento masivo en Estados Unidos, «los datos demuestran que el modelo noruego es mejor, más barato y más realista» (p. 391). En general, rechaza las políticas públicas de seguridad basadas en concepciones sombrías del ser humano. Pone en valor

la respuesta noruega tras la masacre de 2011, defendiendo que «responder con más democracia, más aperturismo y más humanismo no es nada fácil. Al contrario, lo fácil es usar un lenguaje amenazador, vengarse, cerrar las fronteras, lanzar bombas y dividir el mundo en buenos y malos» (p. 388).

Bergman enfatiza en *Dignos de ser humanos* que, ya en los años 50, el psicólogo Gordon Allport defendía que «los prejuicios, el odio y el racismo surgen de la falta de contacto» (p. 396), basándose en evidencias como que durante los disturbios raciales de 1943 en Detroit no se dieron enfrentamientos entre quienes tenían espacios de encuentro y que, entre los soldados estadounidenses en la Segunda Guerra Mundial, el número de soldados blancos que rechazaban a soldados negros era menor en las compañías mixtas. De manera complementaria con lo anterior, menciona a Trump al señalar que en 2016 «cuanto más te alejabas de la frontera con México, mayor era el apoyo para el hombre [Trump] que quería construir allí un muro» (p. 407), y que en ese mismo año en el Reino Unido «cuanto menor era la diversidad cultural de una ciudad o un barrio, mayor [era] el porcentaje de votantes a favor del Brexit» y que «en Holanda, las mayores concentraciones de votantes de partidos populistas de extrema derecha se encuentran en municipios con clara predominancia blanca, como Volendam. Por el contrario, la gente que tienen más contacto con musulmanes (especialmente en el trabajo) es menos islamófoba» (p. 407).

En la parte final de libro, tras recordar los numerosos testimonios de soldados de bandos contrarios que confraternizaron en la navidad de 1914, Bergman propone no caer en la deshumanización de ninguna persona y afirma que «si nos ente-

ramos en nuestras trincheras perdemos de vista la realidad y acabamos convenciéndonos de que una pequeña minoría envenenada de odio es representativa de toda la humanidad» (p. 423).

Dignos de ser humanos es un libro de lectura grata, repleto de anécdotas, que definiendo otra forma de contemplarnos a nosotros mismos a partir de la evidencia científica disponible y del papel que la cooperación y el altruismo han desempeñado como motor evolutivo de la humanidad.

Diego Escribano Carrascosa.
Graduado en Derecho y en Ciencia Política y Administración Pública.
Máster en Derecho Internacional de los Derechos Humanos.

LA TERRAFORMACIÓN

Benjamin Bratton

Caja Negra, Buenos Aires, 2021

160 págs

En 2021 se publicó en castellano *La terraformación*, de Benjamin Bratton, un libro cuyo contenido podemos encuadrar en el programa del Instituto Strelka para el diseño de una planetariedad viable. El Instituto Strelka de Medios de Comunicación, Arquitectura y Diseño es un proyecto educativo internacional sin ánimo de lucro, fundado en 2009 y situado en Moscú, que incorpora un área dedicada al urbanismo, un programa público de verano, la editorial Strelka Press y KB Strelka, la rama de consultoría del Instituto. Benjamin Bratton, responsable de este programa educativo, es un reputado teórico en el ámbito de la sociología de la computación, autor de numerosos libros y ensayos sobre filosofía de la tecnología, arte y arquitectura, teoría

política e informática, como *The Stack: On Software and Sovereignty* (2015) o *Planetary Sapience* (2021).

Pero los desafíos que entraña el diseño de una planetariedad viable, sin duda, desbordan el marco pedagógico y en *La terraformación* se plantean debates de enorme trascendencia ante escenarios de colapso, como lo es la discusión a propósito del rol que debe jugar la geoingeniería en la crisis ecosocial. En este sentido, el prólogo de Toni Navarro, traductor del volumen, está bien calibrado. En poco más de seis páginas contextualiza la noción de planetariedad (en síntesis, la percepción del globo terráqueo como un espacio compartido que nos fuerza a responsabilidades colectivas para con el resto) y apunta al mayor nudo de controversia del libro: el reconocimiento de que el objetivo de Benjamin Bratton, buscar un ensamblaje entre el discurso teórico y la geoingeniería para que la Tierra vuelva a ser habitable, apareja una serie de riesgos técnicos, filosóficos y ecológicos de gran alcance. Pues bien, desgranemos en lo que sigue la argumentación de Bratton, considerando en detalle las razones aducidas por el teórico estadounidense y los aspectos más problemáticos de sus planteamientos.

El primer capítulo, titulado «Estrella negra», plantea el eje discursivo que vertebrará el resto del libro: la pregunta por el modelo de ciudad conveniente para una planetariedad viable. Un aspecto que puede resultar interesante es la forma del argumento mediante el que Bratton sitúa el marco reflexivo desde el que tiene sentido este cuestionamiento. Porque la perspectiva de largo alcance requerida para ello aquí no invoca, como suele ser costumbre, los datos de anomalía térmica que arroja una lectura comparada del Holoceno y el Antropoceno. Antes bien, toma

como punto de partida la célebre fotografía del agujero negro M87, realizada en 2019 por la red de telescopios Event Horizon, en la que el disco de acreción anaranjado que genera el gas incandescente absorbido por el vacío del agujero negro llega hasta nuestra retina como una captura de luz emitida durante el período del Eoceno temprano. El efecto estético de esta imagen ya no es la monotonía y abstracción de un gráfico, ni tampoco ese sentimiento místico de profunda concienciación y conexión que han sentido quienes, desde un vuelo espacial, lograron abarcar con la vista la totalidad de nuestro planeta. Más bien nos asola el terror que supone darse cuenta de la contingencia e insignificancia del puesto que ocupamos en el cosmos: la autorrepresentación antropocéntrica es sustituida aquí por un desarraigo radical, que retrata a la especie humana como un residuo mediador privilegiado, pero contrario al excepcionalismo creacionista y periférico con respecto a la nada. Además, hay una segunda capa de significado, que desmonta la inercia contemporánea según la cual se concede a la representación el estatus de causa de lo representado, antes que a la inversa. Así, parece que las tecnologías han de asociarse siempre con una función de reflejo, con un espejeo del ámbito de la cultura humana y no con la conformación de cualquier realidad prediscursiva. Pero, ¿no es posible invertir los roles? ¿Tiene razón Bratton al sugerir que imágenes como las del agujero negro M87 podrían provocar la toma de conciencia necesaria para el anhelado diseño de la planetariedad viable?

En este sentido, la creencia de que el interrogante por la inversión de roles puede responderse con una afirmación se sigue desplegando en los siguientes capítulos, «El plan artificial» y, sobre todo, «La automatización como ecología». El primero

de los dos apartados se apoya en la información arrojada por el Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático (IPCC) y está dedicado a señalar la fecha de 2030 como horizonte improrrogable en el que haber logrado la descarbonización de las infraestructuras de la civilización humana. Para evitar el colapso ecosocial, se sostiene la idea de que la solución es una cuestión de eficacia y pasa por un nuevo plan que organice el uso de la computación y la implementación de nuevos procesos de automatización geotecnológicos. El abrazo a lo artificial es defendido entonces como una condición indispensable para la terraformación, y se recuerda que la propia noción de “cambio climático” de hecho es una pauta empíricamente validada por un prolijo entramado de detección, vigilancia, modernización y cálculo biopolítico. Sin embargo, en lugar de abogar, en la línea de los argumentos decrecentistas, por un rechazo radical de la intervención tecnológica, el interrogante termina desplazándose hacia el tipo de aplicación computacional adecuado: según Bratton, las economías y ecologías planificadas han sido optimizadas para objetivos distintos a lo que podría calificarse como una planetariedad viable y, por ello, debería elaborarse un nuevo programa tecnológico orientado hacia la codificación de la abstracción y la automatización de la decisión en clave ecológica. La brecha que separa a ambos diagnósticos crece cuando Bratton declara que las implicaciones más profundas de las tecnologías de la cuarta revolución radican principalmente en el modo en que exigen una nueva comprensión de la vinculación automatizada con el mundo, deslizando otra postura que exigiría, como mínimo, mayor aclaración. La mayor debilidad del planteamiento de Bratton radica a nuestro juicio en que nunca se aclara por qué ese compromiso con la eficacia reclamado en todos los ca-

pítulos del libro no podría adoptar la forma, sencillamente, de una posición decrecentista. ¿Por qué tanto rodeo y rechazo a plantear una planetariedad viable desde un decrecentismo sin ambages?

El libro continúa con otros dos capítulos titulados «Régimen: toda tu base» y «Metabolismo artificial», donde la tónica discursiva va a seguir siendo predominantemente cultural. El siguiente ejercicio de reivindicación computacional, sin embargo, sí señala un obstáculo para la transición ecológica cuyas concreciones materiales no son difíciles de localizar: la individualización de la responsabilidad ciudadana y su sometimiento al vector de la sociedad de la información en el que los mayores poseedores de datos relevantes son plataformas publicitarias de accionistas y/o Estados autoritarios. Bratton ensaya aquí una propuesta de democratización de los canales informativos y los programas de gestión de datos necesarios que pueden desarrollarse y normalizarse si las instituciones públicas con competencias para la gobernanza lograran liberarse de los intereses mercantilistas que atraviesan estos procesos. Actualmente el foco crítico sigue situado sobre las políticas de privacidad de los ciudadanos, pero, a pesar de que se reconoce esta salvaguarda de la intimidad como una condición que favorece el funcionamiento de muchos sistemas sociales esenciales y que tiene beneficios reales y no negociables para todos, el hecho de que la disputa se esté dando en el ámbito individual es exactamente el problema.

A este respecto, según Bratton, es preciso elaborar matizaciones y distinciones categoriales que criben los mecanismos de rastreo, indexación y cálculo para desvincularlos del estigma que pesa sobre la vaga noción de “vigilancia”. Porque el mayor riesgo implicado por el tópico del

panóptico consistiría justamente en el establecimiento de un sentido común para el que la geopolítica progresista debería encargarse de evitar un uso generalizado de la tecnología y el *big data* orientados a labores de detección y modelado. En el cuerpo original del libro, Bratton avisa del desproporcionado abuso de carbono y energía de la computación empleada para la autoexpresión humana, pero la formulación más tajante de esta cuestión se encuentra en la entrevista con Marko Bauer que incluye la edición de Caja Negra al final del volumen, donde se señala que la huella de carbono de toda la ciencia de la Tierra junta no equivale a una fracción de “lo que hace Instagram en unos pocos días”. Estos pensamientos van en la línea de algunas mediciones recientes que señalan, por ejemplo, que la demanda energética de la comunidad *gamer* de California es superior al consumo eléctrico total de Sri Lanka. Vuelve a emerger, por tanto, la cuestión de la redistribución justa y la incompatibilidad de esto con el crecimiento económico capitalista. La pregunta por el mejor uso de los *teraflops* aquí es útil en la medida que no desemboca en un relativismo de la intervención tecnológica, sino que más bien llama la atención sobre el desregulado y superfluo coste que algunas de sus aplicaciones más prescindibles acarrear. La propuesta, entonces, trata de alcanzar un equilibrio en el que los modelos climáticos que avisan del riesgo sistémico inminente tengan la misma capacidad de retroalimentación sobre la propia ecología que los modelos financieros de riesgo tienen sobre los flujos de capital que observan y propician indirectamente. La versión geoeconómica de esta aportación, sin embargo, es desplegada de manera excesivamente ambigua, afirmando la necesidad de convertir la economía en una subrutina de la ecología (algo que la investigación dedicada a estudiar los metabolismos socio-económicos

lleva haciendo con rigor mucho tiempo) pero no yendo más allá de este subrayado de la obviedad.

El capítulo «Metabolismo artificial» tiene dos grandes aportaciones: la postulación de tecnologías concretas que integrarían ese paquete de acciones geoingenieriles reclamado a lo largo de todo el libro y la discusión en torno a la mejor forma de conseguir implementar dichas medidas. La demanda aquí ya no se conforma con el llamado genérico a la descabornización de la economía real, sino que exige la protección de las tecnologías de emisiones negativas (NET). El alcance de las NET, según Bratton, debe incluir tanto “métodos pasivos” (por ejemplo, dejar que la selva amazónica recupere su huella preindustrial) como “métodos activos” (por ejemplo, la captura directa de carbono en el aire). En este sentido, también se apunta a sistemas completos de transporte de carbono residual que se ajusten a la escala de la infraestructura de producción de petróleo actual. Esta determinación no impide que se examinen algunas dificultades que las NET han de superar, como los límites en cuanto a su escalabilidad (una vez llenas, ya no pueden contener más carbono) ni el ajuste con la protección de los servicios ecológicos naturales. Pero, una vez más, lo ecológicamente necesario aquí se encuentra a una enorme distancia con respecto a lo políticamente plausible. Por un lado, parece que el consenso democrático debería ser el encargado de promover, autorizar y guiar el cambio geotérmico requerido. Por otro, cabe preguntarse, con Bratton, si la voluntad popular no puede o no autoriza los cambios materiales necesarios en la bioquímica planetaria requeridos, entonces ¿qué? ¿Todavía hay tiempo? ¿Es realista esperar? ¿Y si la respuesta a ambas preguntas es “no”? La respuesta defendida en *La terraformación* pasa por permitir que la

geoingeniería sea el motor que impulse la institucionalización geopolítica antes que a la inversa, pero ¿a qué precio y asumiendo qué riesgos? Estos interrogantes son desplazados en las últimas secciones del volumen.

En «Planetarnost» se retoma la cuestión de la inversión de roles planteada en «Estrella negra» sin ninguna nueva aportación sustancial, más allá de la insistencia en la necesidad de que el dominio creacionista desaparezca junto con el antropocentrismo, y de que se reconsideren las vías de repliegue en interiores simbólicos inducidas por este viraje. El último capítulo, «Arca rusa, parque ruso», es un panfleto publicitario que detalla las condiciones para estudiantes del programa *The Terraforming* en el Strelka Institute. A este respecto, tiene sentido que la website del instituto ofrezca la descarga gratuita del libro de Bratton en inglés, pero, por las mismas razones, no tanto que se comercialice en castellano esta amable invitación a convertirse en un “strelkanauta”. Así como se ha añadido en esta edición la entrevista con Marko Bauer, podría haberse suprimido la sección conclusiva, de carácter puramente propagandístico. Pero lo más relevante a propósito de este capítulo de cierre es que el libro concluye y nuestra pregunta sigue sin encontrar una respuesta satisfactoria: ¿Por qué terraformar pudiendo decrecer?

Ramón del Buey Cañas

Máster en Humanidades Ecológicas,
Sustentabilidad y Transición Ecosocial

LA BATALLA POR EL COLAPSO

Pablo Font Oporto

Editorial Comares, Granada, 2022

134 págs.

En los tiempos que corren, un libro que lleva por título *La batalla por el colapso* no puede dejar indiferente. Su autor, Pablo Font Oporto (Sevilla, 1980), profesor de filosofía política y ética en la Universidad Loyola Andalucía, nos invita a indagar en los orígenes, trayectoria y presente de las dinámicas que nos pueden llevar al colapso civilizatorio. Y es que como afirma Font, metiéndonos de lleno en el contenido de su libro, la Modernidad ha traído consigo una proyección al infinito; la idea de un progreso y un crecimiento sin límites en una concepción que necesita de una visión lineal del tiempo y de la historia como avance permanente. El colapso, en cambio, formaría más bien parte de una circularidad histórica que, por contrahegemónica, queda habitualmente relegada a una visión catastrófica sin sentido propio.

Estos debates sobre modernidad, límites, progreso, linealidad, etc. impregnan el contenido de la obra, pero, dada su condición de profesor e investigador universitario, Font inicia su libro con una sólida creencia a modo de declaración de intenciones: la principal misión de la universidad es la transformación de la sociedad. Esta afirmación está presente en los contenidos del texto, tanto por su calidad y profundidad, como por su análisis crítico y compromiso.

Siguiendo el orden de la estructura del libro, encontramos un capítulo inicial donde se abordan brevemente las cuatro visiones sobre la crisis socioambiental: el negacionismo total, el capitalismo verde-liberalismo verde, el *Green New Deal* so-

cialdemócrata y el decrecentismo-ecosocialismo-colapsismo. Esta clasificación, que se retoma sobre todo hacia el final del libro, ayuda a la persona lectora a situarse entre tanta “solución verde” en un momento de confusión generalizada donde las tesis del capitalismo verde y su *greenwashing* permiten una hibridación fluida y constante entre las tres primeras visiones de la crisis socioambiental. Pero quizás lo más importante es entender que este capítulo es la antesala de lo que Font describe como esencial: situar el colapso en su contexto cultural y civilizatorio.

A partir de aquí, la densidad argumental aumenta considerablemente y el relato nos lleva a los orígenes de la Modernidad. El autor entra de pleno en el debate sobre la Modernidad colonial donde se generan las dinámicas epistemológicas y ontológicas que perduran en nuestros días. La cosmovisión, la acción y la cultura sin límites; el progreso, los cambios acelerados y la velocidad sin límites; la disolución del tiempo y el espacio, la afirmación y del poder sin límites; son apartados sugerentes que se abordan de forma sucinta pero que podrían iniciar un interesante diálogo entre la presente obra y la publicación de Giorgos Kallis *Límites. Ecología y libertad*, donde Kallis argumenta que, aunque podría parecer que los límites son algo objetivo que está ahí fuera, ocultamos que básicamente se refieren a nuestros deseos.

Tras explorar los orígenes de lo que podría cimentar el colapso civilizatorio, el libro prosigue en lo que es, hasta cierto punto, un avance cronológico en la historia reciente. Font, entonces, se centra en describir otro punto de inflexión: la globalización. Describe los fundamentos estructurales, políticos, culturales, sociales y ambientales de la globalización neoliberal para luego ahondar en su alianza estratégica, o más bien, pacto de sangre, con la tecnología.

Destaca la idea del *panóptico digital*, una certera locución que describe perfectamente el capitalismo de la vigilancia, ese control aparentemente *soft* de nuestros datos que, por el tránsito hacia o en el colapso, puede resultar bien efectivo.

A partir de ahí, el título del libro toma centralidad. El autor describe la batalla por el colapso como un enfrentamiento entre el cosmopolitismo globalista y el creciente nacionalpopulismo que, pese a una ligera capa de controversia, cooperan en una agenda compartida y una toma de posiciones que se traduce en una guerra contra el resto. Enfrentadas al dilema futuro de “matar o compartir” las élites no dudan. Algunos, más bien muchos, sobran. De ahí que la batalla por el colapso es, al fin y al cabo, las élites contra el pueblo.

Quizás en este punto se le podría pedir al autor, por su conocimiento en filosofía política que resalta en el redactado, una mayor profundización en las alianzas entre la extrema derecha y, por ejemplo, la iglesia evangelista. Conocidos son los casos de Jair Bolsonaro, al que Font hace referencia, y también Donald Trump que, además de nacionalistas y populistas de extrema derecha, creen en la importancia del factor religioso-espiritual como modo de recuperar las esencias del pueblo (blanco, cristiano, etc.).

Continuando con el texto, el autor ahonda en cómo el nacionalpopulismo generaliza en su discurso político, de una parte, el miedo y de otra la identidad como escudo, armas poderosas en el camino de expulsar una parte de los humanos de la ecuación de la supervivencia futura. Y en esa combinación que, a la postre, se está mostrando efectiva, la izquierda, en un sentido amplio, navega sin propuestas emancipadoras lo suficientemente comprometidas con el diagnóstico socioambiental.

Para acabar, Font nos recuerda que hay que tener presente que la emergencia progresiva de conflictos por la crisis socioambiental irá en aumento y que se traducirá en un enfrentamiento entre élites y masas populares. Asevera además que «la esperanza está en crisis (...) el nihilismo, el pesimismo, el cinismo, el miedo, la angustia, la incertidumbre pueden convertirse en un bucle que o bien paralice o bien empuje hacia una huida irracional hacia ninguna parte». Entonces, si como decía Paul Valéry, filósofo y escritor francés, «la guerra es una masacre entre gentes que no se conocen, para provecho de gentes que sí se conocen pero que no se masacran», reconstruir la esperanza podría ser, también, reconstruir un verdadero sentido de comunidad.

Alfons Pérez

Miembro del Observatori del Deute
en la Globalització

CUADERNO DE NOTAS



TU DIETA PUEDE SALVAR EL PLANETA

Aitor Sánchez

Paidós, Barcelona, 2021

279 págs.

La consideración de fondo que da impulso a este libro del dietista nutricionista y también divulgador científico Aitor Sánchez es que nuestros patrones de consumo alimentario tienen un impacto importante sobre la salud del planeta, y consecuentemente sobre las personas. En ese sentido, el mensaje de fondo que se desprende es que los retos de salud y sostenibilidad son los mismos, porque la alimentación saludable debe ser también una alimentación sostenible (según el concepto “One Health”).

El texto se organiza en siete capítulos. En el primero, el autor denuncia la situación de deterioro en la que se encuentra el planeta, mostrando cómo este aspecto se retroalimenta con la dimensión alimentaria, ya que un sistema alimentario tan insostenible como el actual acelera las dinámicas del cambio climático, la pérdida de biodiversidad, el agotamiento del suelo, etc. Los capítulos que siguen analizan las

razones por las cuales la alimentación es un acto tan importante y determinante, siendo una dimensión del consumo necesaria para las personas, abordando así el impacto específico de ciertos alimentos o elecciones dietéticas. Así, en el libro asumen particular relevancia diversos temas, tales como la producción animal, la problemática alrededor de la carne, la sobrepesca, los monocultivos de soja, el aceite de palma y el azúcar, así como los alimentos ultraprocesados, las nuevas elecciones dietéticas flexivegetarianas, el veganismo o el papel de la alimentación a la hora de prevenir nuevas pandemias. Una vez hecho este repaso de la dimensión productiva, el autor proyecta su visión crítica también sobre las esferas de la distribución y la comercialización, llegando a tocar temas como el desperdicio alimentario (un fallo del sistema alimentario “asumido” por razones de productividad), el envasado de alimentos y el problema asociado de los envases o, por último, los pormenores sobre qué hay detrás de la polémica social acerca de los alimentos ecológicos y los productos alimentarios transgénicos.

Además, cada capítulo de este libro se enriquece con cajas que sirven para profundizar en ciertos aspectos relevantes que se están tratando en cada momento, así como con claves de lecturas finales que resumen y destacan los mensajes más importantes de cada capítulo. Estas características hacen de la lectura del libro un ejercicio ameno, y guían a las personas lectoras hacia una mayor comprensión de sus contenidos. Todo esto, de alguna manera, tiene como objetivo suscitar una reflexión crítica que cuestione nuestros actos de consumo y sus impactos sobre el medio ambiente y la salud, y que pro-